

1

## El misterio del barril

La sala parecía una tumba. Era húmeda, de techo bajo, sin ventanas, y en aquella descarnada noche neoyorquina resultaba tan fría e inhóspita como la mirada de un policía.

Fuera, en Prince Street, en el corazón de Little Italy, una fina llovizna caía en diagonal formando charcos entre los montones de basura en descomposición esparcidos a ambos lados de la calle y volviendo peligrosos y resbaladizos los adoquines. Dentro, bajo un cartel publicitario en el que se anunciaba cerveza rubia, una anodina taberna barata para obreros se extendía por las entrañas de un lóbrego edificio. A aquella hora tardía —eran más de las tres de la madrugada del 14 de abril de 1903—, la taberna estaba cerrada a cal y canto y en silencio. Pero entre las sombras, en un extremo del bar, había una puerta de madera sin pulir que estaba entornada. Y en la habitación que había tras aquella puerta, Benedetto Madonia estaba sentado ingiriendo la que sería su última cena.<sup>1</sup>

El lugar se anunciaba como un restaurante de espaguetis, pero en realidad no era más que una casa de comidas de lo más sencilla. Una vieja estufa achaparrada en una esquina, vomitando humo. Mohosas ristras de ajos colgadas de las paredes, cuyo olor se mezclaba con el de las verduras hirviendo. El resto de aditamentos consistían en varias mesas bajas y toscas, un puñado de sillas viejas y un fregadero de hierro oxidado que sobresalía de un rincón de la sala. Las lámparas de gas desprendían una luz de color mostaza, y sobre el desnudo entarimado se había esparcido serrín de cedro, el cual, al final de una ajetreada jornada, se había coagulado formando una espesa mezcla de esputo, pieles de cebolla y colillas de cigarros negros italianos.

Madonia escarbaba hambriento en un estofado de alubias, remolacha y patatas, una saludable comida campesina de su provincia natal

de Palermo. Era un hombre de compleción fuerte y estatura media, apuesto para los gustos de la época, con la frente despejada, ojos color castaño y una espesa mata de cabellos también castaños. Un gran bigote, cuidadosamente encerado para rematarlo en punta, contrarrestaba la prominente forma de su nariz romana. Vestía mejor que la mayoría de los trabajadores: llevaba traje, cuello alto, corbata y zapatos con buenas suelas; todo ello signo de cierta prosperidad. Sin embargo, la manera exacta como ganaba su dinero apenas resultaba evidente. Cuando se le preguntaba, Madonia decía que era cantero. Pero hasta el observador menos atento podía ver que aquel no era un hombre acostumbrado al trabajo manual. Su cuerpo, de cuarenta y tres años de edad, había empezado a encorvarse, y sus suaves manos —que exhibían una esmerada manicura— no mostraban rastro alguno de los callos propios de un artesano.

Al cabo de un rato, el solitario comensal, ya saciado, empujó su cuenco a un lado y miró al otro extremo de la sala, donde un puñado de compañeros holgazaneaban apoyados en la pared. Como él hablaban en siciliano —un dialecto tan rico en términos derivados del español, el griego y el árabe que apenas resultaba inteligible incluso para otros italianos—, y también como él, las joyas y la ropa que llevaban no se correspondían en absoluto con sus supuestas profesiones: peón, granjero, planchador... Sin embargo, lo que sí resultaba evidente era que Madonia era un extraño allí. Por más que todos los del restaurante fueran inmigrantes, los demás se habían vuelto neoyorquinos, y ahora se sentían absolutamente como en su casa en las bulliciosas calles de la colonia italiana. Madonia, en cambio, acababa de llegar a Manhattan hacía solo una semana, y no conocía la ciudad. Encontraba desconcertante que necesitara una escolta para recorrer Little Italy.<sup>2</sup> Y lo que era aún peor: se sentía cada vez más alarmado por el modo en que aquellos hombres a los que apenas conocía murmuraban en voz baja y hablaban entre sí de una forma tan críptica que él era incapaz de captar el significado de sus palabras.

Madonia tuvo pocas posibilidades de deliberar sobre aquel misterio. El siciliano acababa de terminar su comida cuando, con un chasquido que resonó con fuerza en toda la sala, la solitaria puerta del restaurante se abrió y apareció un segundo grupo de hombres. Bajo

el mortecino parpadeo de la luz de gas, Madonia distinguió el rostro de uno al que conocía: Tommaso Petto, un musculoso gigante de cara ovalada y aspecto amenazador cuyo ancho pecho, fuertes brazos y limitada inteligencia le habían valido el sobrenombre de «el Buey».<sup>3</sup> Tras él acechaba otra figura, cuya silueta se recortó por un momento sobre una de las paredes de la cantina. Era un hombre delgado y de estatura media con los ojos como dos gotas de azabache, como dos agujeros negros taladrados en el cráneo. El rostro del recién llegado era huesudo e inexpresivo, la piel áspera, el mentón y las mejillas sin afeitar. Llevaba el bigote desgreñado, como un bandolero.

El Buey se apartó instintivamente a un lado para dejar que el delgado personaje entrara en la sala. Cuando lo hizo, un escalofrío de inquietud atravesó a las demás figuras del restaurante. Era su jefe, y le mostraban una temerosa deferencia. Ni uno solo de la media docena de hombres presentes se atrevió a devolverle directamente la mirada.

Ni el propio Madonia fue inmune al terror que inspiraba el hombre de ojos negros. La voz del recién llegado, cuando habló, sonó seca, y sus gestos fueron mínimos e inexpresivos. Pero, sobre todo, estaba esa forma desconcertante en que envolvía el lado derecho de su cuerpo en un voluminoso chal marrón. El brazo que mantenía oculto estaba —Madonia lo sabía— espantosamente deformado. El propio antebrazo estaba atrofiado, y no medía más de la mitad del de un hombre normal. Y lo que era aún peor, su mano no era más que una garra: por un defecto de nacimiento, le faltaban el pulgar y los otros tres primeros dedos; solamente le quedaba el meñique, inútil por sí solo, como una especie de broma cruel de alguna deidad poco compasiva. Aquel hombre de ojos negros se llamaba Giuseppe Morello, pero su tullido apéndice le había valido el apodo de «Garra», o «Mano de Garra».<sup>4</sup>

Morello no perdió el tiempo en ceremonias. Un solo gesto de su mano sana, la izquierda, fue suficiente: dos de los hombres que habían estado holgazaneando apoyados en la pared se incorporaron de golpe y, sujetando a Madonia cada uno de un brazo, se llevaron al comensal a rastras. Su prisionero se resistió un instante, pero en vano; fuertemente sujeto por las muñecas y los hombros, no tenía posibilidad de escapar. Era inútil gritar, la sala estaba demasiado lejos de la calle para

que un auténtico grito de terror resultara audible. Medio incorporado, medio apoyado en sus captores, se retorció impotente mientras el hombre de ojos negros se acercaba a él.

No se sabe a ciencia cierta qué pasó entre Madonia y Mano de Garra. Puede que tuviera lugar una conversación breve pero airada. Y es muy probable que en ella se empleara el término *nemico*, «enemigo». Quizá Madonia —consciente, aunque demasiado tarde, del peligro mortal en el que se hallaba— pidió inútilmente clemencia. Si lo hizo, sus palabras no sirvieron de nada. Un nuevo gesto del hombre de ojos negros, y los dos cómplices que sujetaban al prisionero lo arrastraron con rapidez por el suelo hasta el fregadero oxidado. Una mano áspera sujetó a Madonia por los cabellos y tiró de la cabeza hacia atrás dejando expuesto el cuello. Entonces, un tercer hombre se abalanzó sobre él blandiendo un estilete, una daga de fina hoja afilada como una navaja y de unos 35 centímetros de largo. Una segunda pausa, para calcular el ángulo y la distancia, y la hoja se clavó de lado por encima de la nuez.

La cuchillada se asestó con una fuerza tan brutal que atravesó completamente la tráquea de Madonia y siguió penetrando hasta llegar al hueso. Los hombres que sujetaban al cautivo sintieron cómo su cuerpo se desplomaba, con los miembros flácidos e inertes, mientras se retiraba el arma. Empleando todas sus fuerzas, volvieron a arrastrar al moribundo mientras Petto el Buey se adelantaba con su propio cuchillo en la mano. Le dio un único y rápido tajo de izquierda a derecha, tan feroz que atravesó el grueso cuello de la camisa de Madonia, de tres capas de lino, y le cortó la garganta y la yugular, casi decapitando al prisionero.

Por espantosa que pueda parecer toda esta violencia, lo cierto es que era premeditada. Mientras a Madonia se le escapaba la vida a borbotones, los hombres que le sujetaban por los brazos le obligaron a poner la cabeza sobre el fregadero para que la sangre que manaba con cada latido rebotara contra el hierro y se fuera por el desagüe. La poca que salpicó fue a empapar las ropas de la víctima o fue absorbida por el serrín del suelo. No hubo ni una gota que llegara a manchar el entarimado, dejando así una perdurable evidencia del crimen.

Hizo falta un minuto, quizá algo más, para que aquel espantoso flujo de sangre cesara. Cuando lo hizo, unos gruesos dedos enrollaron un trozo de saco de yute en torno al hendido cuello de Madonia. El basto tejido absorbió la poca sangre que quedaba en las heridas mientras el cadáver era doblado, levantado en vilo y transportado al centro de la sala. Otros tres hombres habían arrastrado un rudimentario barril, de casi un metro de alto, de los que suministraban los mayoristas a las tiendas de Nueva York.<sup>5</sup> Alguien había echado dentro una capa de porquería mezclada con serrín, recogida del suelo, para que absorbiera la sangre que todavía pudiera quedar, y luego, con despiadada saña, se hizo encajar a la fuerza el cadáver del hombre en su interior.

Un brazo y una pierna asomaban fuera del barril, pero eso carecía de importancia: Morello y sus hombres no tenían el menor interés en ocultar el cuerpo. Querían que el cadáver de Madonia fuera descubierto, y que las feroces heridas que exhibía sirvieran de elemento disuasorio. Pero aun así, no tenía sentido alguno arriesgarse a una detección prematura. De modo que se puso un viejo abrigo, del que se había quitado cuidadosamente toda etiqueta, sobre los miembros que sobresalían, y a continuación el barril fue arrastrado de nuevo con gran esfuerzo por el bar y luego por una puerta que daba a un callejón. Allí aguardaba en la penumbra un destartado carro cubierto tirado por un caballo.<sup>6</sup> Varios de los sicilianos unieron sus fuerzas para subir la carga al carro; también subieron dos hombres, encorvados ahora bajo el peso de gruesas capas. Y entre el chirrido de los muelles y el ruido de los cascos, Benedetto Madonia emprendió su último viaje.

Aproximadamente una hora más tarde, poco después del alba, una mujer de la limpieza que respondía al nombre de Frances Connors salía de su piso en el East Side y se dirigía a la panadería cercana a comprar bollos.

Su barrio era de una pobreza desesperada. El bloque de pisos donde vivía Connors se alzaba entre una destartada cuadra de caballos de alquiler, que anunciaba sus servicios con un letrero de desconchada pintura, y una hilera de vallas publicitarias medio en ruinas sujetas con hierros de desecho. A su derecha, al salir a la calle, el East

River salpicaba los muelles medio derruidos con oleadas de hediondas aguas residuales. A su izquierda, un almacén lleno de ruidosas aves de corral se apoyaba pared con pared contra una fábrica. Y directamente enfrente, donde la calle Once Este se juntaba con la avenida D, su camino hacia la panadería más cercana pasaba junto al desvencijado exterior del almacén de madera Mallet & Handle.<sup>7</sup>

Mallet & Handle era tan sucio y decrepito como la propia calle Once Este. El patio desprendía un acre olor a desperdicios, y en las paredes había ventanas sucias cubiertas con tela metálica de gallinero a modo de protección. Casi siempre las entregas se apilaban desordenadamente en el exterior, obligando a los transeúntes a abrirse paso entre descuidados montones de madera. Aquella mañana, sin embargo, era otro obstáculo el que bloqueaba el paso de Connors: un barril, cubierto con un abrigo, yacía justo en mitad de la calzada.<sup>8</sup>

En los bloques de pisos cercanos empezaban a encenderse las luces, y la lluvia casi había cesado; pero todavía era muy pronto para ver por la calle a los estibadores y los obreros de las fábricas del barrio. Nadie vio, pues, cómo la señora Connors se tropezaba con el barril, examinaba atentamente aquel obstáculo y levantaba una punta del abrigo para fisgar lo que había en su interior. En cambio, sí pudieron oír claramente a la mujer irlandesa. Lo que vio Connors llevó a sus labios un grito tan lleno de terror que a todo lo largo de la calle empezaron a asomar cabezas de las ventanas. La mujer de la limpieza acababa de dejar al descubierto el brazo derecho y la pierna izquierda de un cadáver. Y debajo de ellos, asomando de entre una penumbra de serrín y sangre, un rostro de frente despejada, ojos color castaño y espesos cabellos también del mismo color.

Los gritos de Connors hicieron que acudiera a toda prisa el vigilante local, quien, a su vez, fue corriendo a avisar a la policía. El agente John Winters, que se apresuró a acudir al lugar desde su cercano puesto, retiró el abrigo y vio de inmediato que el hombre del barril estaba muerto; la garganta cortada y la cerúlea palidez de su piel daban fe de ello.<sup>9</sup> El policía emitió varios pitidos prolongados con su silbato y rápidamente llegaron refuerzos a la escena del crimen. Se envió a un hombre en busca de los detectives de la comisaría más cercana, mientras los demás se disponían a examinar su hallazgo.

Fue una tarea terrible. Todo lo que Winters tocaba estaba pegajoso por la sangre coagulada: el rostro y el cuerpo del muerto estaban salpicados, y las ropas, empapadas; asimismo, la sangre se filtraba por entre las duelas del barril. Pero apenas había nada que revelara cómo había llegado el cadáver a la calle Once Este. La lluvia había borrado todo rastro del encubierto viaje del carro; las pisadas se habían disuelto en el barro y las rodadas habían desaparecido. Y aunque el sargento Bauer, de la comisaría de Union Street, había pasado por delante del almacén de madera a las cinco y cuarto de la mañana, y estaba completamente seguro de que en aquel momento el barril todavía no estaba allí, las pesquisas realizadas puerta por puerta a ambos lados de la calle no revelaron la existencia de una sola persona que hubiera visto el carro traqueteando por la calzada, o que tuviera la menor idea de cómo podían haber descargado el barril delante de Mallet & Handle sin que nadie lo hubiese advertido.

En la Manhattan de finales del siglo XIX la ciencia forense se hallaba aún en su infancia; el análisis de las huellas digitales, recién introducido por Scotland Yard, todavía no había sido adoptado por la policía de Nueva York, y la noción de preservar la escena de un crimen resultaba del todo desconocida. De modo que Winters, sin molestarse en esperar a que aparecieran los detectives de la Comisaría 14, sacó del barril el cadáver de Madonia —una tarea difícil, ya que se hallaba firmemente encajado en su interior— y lo tendió sobre el lodo para examinarlo en busca de pistas. No se hizo el menor esfuerzo para proteger el cuerpo de los elementos, pero el agente sí pudo observar dos detalles de importancia: el abrigo que había cubierto el barril estaba solo ligeramente húmedo a pesar de la lluvia de aquella noche, y el cuerpo que yacía debajo todavía estaba caliente al tacto. En pocas palabras: hacía poco que habían abandonado el cuerpo del hombre asesinado, que, por otro lado, tampoco llevaba mucho tiempo muerto.<sup>10</sup>

La tarea de iniciar una investigación sistemática se dejó en manos del sargento de policía Arthur Carey;<sup>11</sup> él fue el primer policía con experiencia en asesinatos que llegó a la escena del crimen. Lo primero que hizo fue clasificar el contenido de los bolsillos de Madonia: un crucifijo, un sello fechador, una solitaria moneda de un centavo y varios pañuelos, uno de ellos pequeño y empapado de perfume, que

evidentemente pertenecía a una mujer; del chaleco del cadáver colgaba una cadena de reloj, pero el propio reloj había desaparecido; no había cartera, ni nombre alguno cosido en ninguna de las piezas de la ropa. «No había en el cuerpo —concluyó el detective tras el registro— ni una pizca de información que permitiera establecer una identificación.»

Carey se mostró más confiado a la hora de determinar la nacionalidad del muerto: el cadáver tenía un aspecto claramente mediterráneo. Y de manera más reveladora, se había encontrado una breve nota escrita en italiano, cuya letra parecía de mujer, arrugada en un bolsillo del pantalón.<sup>12</sup> El hombre tenía los dos lóbulos de las orejas perforados para llevar pendientes, una práctica común en Sicilia, y las heridas de estilete en el cuello de Madonia resultaban asimismo de una sangrienta familiaridad. En el curso de su carrera, el detective había examinado a las víctimas de varias *vendettas* italianas. Lo más probable, concluyó, era que el hombre hubiera muerto en una de las sanguinarias reyertas habituales en Little Italy.

No todos los colegas de Carey estaban tan seguros de ello.<sup>13</sup> En las primeras horas transcurridas tras el asesinato, algunos agentes manejaban la teoría de que podía haber sido un despiadado ladrón el que había degollado al muerto, o incluso que este podía haber sido víctima de un desquiciado crimen pasional. También se planteó la posibilidad de que el muerto fuera de nacionalidad siria o griega. No obstante, la mayoría de los policías coincidían con las rápidas deducciones del sargento. Al fin y al cabo, cada año se producían docenas de asesinatos en los barrios de inmigrantes italianos de la ciudad,<sup>14</sup> y la mayoría de ellos eran producto exactamente de la misma clase de sanguinarias reyertas con las que Carey estaba tan familiarizado. Pocos casos de este tipo llegaban a resolverse. La policía de Nueva York (de cuyos integrantes casi las tres cuartas partes eran irlandeses)<sup>15</sup> no pretendía entender qué ocurría en Little Italy, y a sus detectives —enfrentados a testigos y sospechosos que raramente hablaban demasiado inglés y que raramente trataban de implicar a las autoridades en sus disputas— les resultaba casi imposible resolver ni siquiera aquellos incidentes en los que la identidad de los asesinos, y las razones del asesinato, eran del dominio público entre la comunidad inmigrante.

Sin embargo, desde un primer momento estaba claro que ese asesinato en concreto no se iba a dejar sin investigar. La brutalidad de la agresión y las circunstancias sin precedentes del descubrimiento del barril tenían todos los ingredientes para causar una gran sensación; para cuando Carey hubo concluido su examen inicial, alrededor de las seis y cuarto de la mañana, las aceras próximas a Mallet & Handle estaban abarrotadas de curiosos que se arremolinaban con la esperanza de llegar a ver el cadáver, ahora ya amortajado. Una brigada de policías de reserva, integrada por efectivos de las comisarías más cercanas, tuvo que formar un cordón para frenar a una muchedumbre que en poco tiempo alcanzó los varios centenares de personas. También aparecieron los primeros periodistas, garabateando sus resúmenes taquigráficos acerca de lo que se sabía sobre el caso. Un asesinato sanguinario era siempre noticia de primera página.

De hecho, a la hora del almuerzo, el tufillo sensacionalista había atraído a todo un grupo de inspectores procedentes de diversas comisarías. Entre los oficiales de mayor rango ansiosos por explotar la publicidad derivada del caso se hallaba George McClusky, jefe de la Oficina de Detectives, que asumió plenamente el mando de la investigación. McClusky, un hombre alto y de aspecto agradable, lustrosos cabellos y poblado mostacho, llevaba más de una década en la oficina, y poseía tal grado de fanfarronería y seguridad en sí mismo, que a sus espaldas todo el mundo lo conocía como *Chesty* («Sacapecho») George.<sup>16</sup> Pero lo cierto es que la elevada opinión que el inspector tenía de sus propias habilidades no se correspondía con la realidad. McClusky era un torpe investigador, demasiado seguro de la certeza de sus propias opiniones y carente de la sutileza y la intuición de los mejores detectives. Tendía asimismo a precipitarse, y con demasiada frecuencia corría a realizar detenciones prematuras. Un caso auténticamente desconcertante —como Arthur Carey temía que iba a resultar el misterio del barril— podría llegar a confundirle fácilmente.

Por fortuna para la policía, Carey había tomado ya medidas para remediar la situación. Su identificación provisional de la víctima del barril como siciliana se había traducido en una petición de ayuda, que llegó en el plazo de una hora bajo la dudosa forma de un hombre bajo y rechoncho, envuelto en un abrigo sin forma definida y

con el rostro medio oculto bajo un bombín. El recién llegado era el sargento Joseph Petrosino, nacido en Padula, al sur de Nápoles, y que por entonces era un gran experto neoyorquino en la criminalidad italiana.<sup>17</sup> Petrosino, que posiblemente era el oficial más conocido de todo el Departamento de Policía de Nueva York, tenía el rostro marcado por la viruela y los rasgos acusados hasta el punto de resultar feo, y era un hombre bajo incluso para los estándares de la época: medía solo un metro sesenta, y solía llevar alzas en los zapatos para aumentar su altura. La reducida estatura del detective, sin embargo, resultaba tan engañosa como la mirada de vacía estupidez que a menudo exhibía su rostro: el sargento pesaba más de ciento treinta kilos, y una gran parte de ellos eran puro músculo. «Tenía —escribió en cierta ocasión un miembro de la oficina del fiscal del distrito que le conocía bien— unos hombros enormes y un cuello de toro, sobre el que se asentaba una gran cabeza redonda como una calabaza de verano. Su rostro estaba picado de viruela y rara vez sonreía, pero realizaba metódicamente su trabajo, que consistía en echar a los criminales italianos de la ciudad y del país.»

Petrosino solo necesitó unos minutos para examinar el patio, el cuerpo y el puñado de efectos personales que habían llenado los bolsillos de Madonia. Luego, Carey y él dedicaron su atención al barril en el que se había encontrado al muerto. Era de fabricación rudimentaria, sin aros, y ahora que se había sacado el cadáver, los detectives pudieron ver que tenía la base recubierta por una capa de serrín de casi diez centímetros. Primero uno y después otro, los dos hombres se asomaron a su interior y examinaron con atención el serrín de cedro saturado de sangre; descubrieron una horquilla de pelo, pieles de cebolla y varias colillas de cigarros negros que Petrosino dijo que eran de fabricación italiana; detritos que, como señaló el detective, eran propios del suelo de un restaurante. Al pasar el dedo por el interior de las duelas, Carey notó que unos diminutos gránulos le rozaban la piel, y algunos de ellos quedaron alojados bajo sus uñas. Llevándose la mano a la boca, el sargento se tocó la punta de un dedo con la lengua, y advirtió que sabía a azúcar. Aquel hecho sugería que en algún momento el barril había sido propiedad de una tienda de golosinas, una pastelería o una cafetería.

Pero solo cuando la mañana brillaba ya a plena luz del día surgió la pista más importante. Al examinar por primera vez la base del barril por debajo, Carey advirtió unas débiles marcas de un estarcido. Allí, en tinta descolorida, pudo leer el rótulo «W&T», y, estampado en el borde de una de las duelas, aparecía un borroso número de serie: «G.223». Los dos detectives se miraron: allí había por fin una pista que merecía la pena seguir.

Las principales refinerías de azúcar de Nueva York se apiñaban en la parte de Long Island correspondiente al East River, vomitando humo a lo largo de todo el muelle. Carey dedicó el resto de la mañana y parte de la tarde a la ardua tarea de recorrerlas todas a pie, hasta que finalmente encontró una fábrica cuyos empleados reconocieron las marcas estarcidas. W&T, le dijeron al detective, eran las iniciales de uno de los clientes de la refinería: Wallace & Thompson, un colmado de Washington Street. A su vez, el número G.223 aludía a un envío reciente que consistía en seis barriles sin aros llenos de azúcar.

El tipo de Wallace & Thompson resultó igualmente de ayuda. Recordaba el pedido, y le dijo a Carey que los seis barriles ya se habían vendido. La mitad del envío se había dividido y despachado en lotes de cuatro kilos, pero los otros tres barriles se habían vendido enteros.

—¿Ha tenido algún cliente italiano? —preguntó Carey.

—Solo uno —respondió el empleado—. Pietro Inzerillo, que tiene una pastelería en Elizabeth Street.

Inzerillo había comprado dos barriles de azúcar para su *Café Pasticceria*,<sup>18</sup> un punto de encuentro habitual entre los inmigrantes de clase trabajadora situado justo al otro lado de la esquina del bar de Prince Street.

Tras mandar aviso a Petrosino para que le acompañara, Carey se dirigió a toda prisa hacia Little Italy.

A media mañana, una ambulancia trasladó el cuerpo de Madonia a la morgue de la ciudad,<sup>19</sup> donde esperaba el médico forense, doctor